

Pensamiento Cristiano

Temas para la reflexión

(Año 2013)

Pastor José M. Martínez
Dr. Pablo Martínez Vila

Pensamiento Cristiano

Temas para la reflexión

Una colección de los «Temas del mes» del año 2013
del website «Pensamiento Cristiano»

José M. Martínez, reconocido líder evangélico español, ha servido al Señor durante treinta años como pastor de una gran iglesia en Barcelona (España). Ha desarrollado también una amplia actividad como profesor y escritor de materias bíblico-teológicas. En la actualidad, es presidente emérito de varias entidades evangélicas y prosigue activamente su labor literaria, altamente valorada, tanto en España como en Hispanoamérica. También a través de Internet está ampliando su ministerio con el website titulado «Pensamiento Cristiano».

El **Dr. Pablo Martínez Vila** ejerce como médico-psiquiatra desde 1979. Realiza, además, un amplio ministerio como consejero y conferenciante en España y muchos países de Europa. Muy vinculado con el mundo universitario, ha sido presidente de los Grupos Bíblicos Universitarios durante ocho años. También fue presidente de la Alianza Evangélica Española durante 10 años (1999-2009), y actualmente es vicepresidente de la Comunidad Internacional de Médicos Cristianos.

Pensamiento Cristiano es un website de testimonio evangélico. En él se informa de la obra literaria y el ministerio oral (casetes) de José M. Martínez y su hijo, Dr. Pablo Martínez Vila. A través de esta obra fluye el pensamiento evangélico de los autores sobre cuestiones teológicas, psicológicas, éticas y de estudio bíblico con aplicaciones prácticas a problemas actuales.

Website: <http://www.pensamientocristiano.com>

Email: info@pensamientocristiano.com

Los **libros** de José M. Martínez se pueden obtener en la mayoría de las librerías cristianas. Para encontrar una librería cristiana cerca de su lugar, puede consultar las **Páginas Amarillas Cristianas** en internet en la dirección <http://www.paginasamarillascristianas.com>.

Índice

Enero/Febrero 2013 – «La verdad ha muerto, ¡viva mi verdad!».....	3
Marzo/Abril/Mayo 2013 – «Las Siete Palabras» en la cruz, el sermón supremo de Jesús.....	7
Junio/Julio/Agosto 2013 – Como superar problemas en la práctica de la oración.....	10
Septiembre-Diciembre 2013 – Dios en el sufrimiento humano.....	13
Libros del Pastor José M. Martínez.....	17
Libros del Dr. Pablo Martínez Vila.....	17
Folleto del Pastor José M. Martínez.....	17

Copyright © 2013, Pastor José M. Martínez y Dr. Pablo Martínez Vila
Se autoriza la reproducción, íntegra y/o parcial, de los artículos que salen en este documento, citando siempre el nombre del autor y la procedencia
(<http://www.pensamientocristiano.com>)

«La verdad ha muerto, ¡viva mi verdad!»

El subjetivismo y el asalto a la Verdad

Este artículo es una versión ampliada de la introducción a la Declaración del Congreso Mundial de Evangelización, Ciudad de Cabo 2010, realizada por el propio autor. La versión original, más reducida, se publicó en Protestante Digital.

Nuestro concepto de la verdad va a determinar gran parte de nuestra vida. Casi podríamos parafrasear el refrán español y decir: «dime cuál es tu verdad y te diré quién eres». Nos guste o no, **la vida que vivimos es en gran parte consecuencia de la verdad que creemos**. La respuesta a la célebre pregunta de Pilatos a Jesús «¿qué es la verdad?» (Jn. 18:38) encierra las claves de la vida e incluso de la muerte. No es extraño, entonces, que la gran batalla de las ideas que se libra hoy en el mundo tenga como telón de fondo lo que podemos llamar «la guerra de la verdad». El reconocido historiador francés Jacques Barzun ya advirtió en *Del amanecer a la decadencia*, su obra más conocida, que «el asalto postmoderno a la idea de la verdad podría llevarnos a la liquidación de 500 años de civilización».

La raíz del conflicto no es cultural ni siquiera ideológica, es moral. Lo que se está dilucidando en el fondo no es una nueva filosofía, sino quién tiene la autoridad en mi vida y en el mundo, «¿manda alguien ahí arriba o puedo mandar yo?». En este sentido, un auténtico seísmo ha sacudido los cimientos de la civilización occidental porque en los últimos 30 años el fundamento y la naturaleza de la verdad han cambiado de forma extraordinaria. El cambio se resume en una frase: la verdad ha muerto, viva mi verdad. El auge del subjetivismo y la bancarrota de la verdad como un valor absoluto constituyen el rasgo más descollante de la sociedad del siglo XXI desde el punto de vista ético.

¿Qué ha ocurrido en realidad? Después de más de dos siglos de racionalismo (la glorificación de la razón predicada desde la Ilustración), el golpe de péndulo del post modernismo ha llevado a una sobrevaloración de lo subjetivo que ha pasado a ser la norma suprema de vida y de conducta. Lo que yo pienso y siento, mi opinión, es lo que vale. **Antes, la verdad estaba fuera de mí, era un ello; hoy la verdad está dentro de mí, es una extensión de mi «yo»**. El subjetivismo es un ídolo intocable para muchas personas hoy porque permite entronizar al yo y desbancar a Dios. Mis sentimientos, en especial mi felicidad, tienen primacía sobre la razón. Lo objetivo, lo que se puede medir, tocar y demostrar, ha quedado relegado al campo de la investigación y de las ciencias, pero no importa demasiado en la vida cotidiana.

Esta forma de pensar tiene una consecuencia inevitable: si no hay una sola verdad, sino muchas verdades, entonces mi verdad es tan válida y correcta como la tuya. De esta manera, el concepto de verdad queda reducido a una opinión personal y, por tanto, discutible. La conclusión es clara: **no hay una verdad absoluta -la Verdad-, sino muchas verdades relativas**. Este fenómeno se puede comprobar hoy perfectamente en las tertulias de radio o televisión donde todos hablan a la vez y nadie escucha a nadie. Es un desorden calculado, deliberado; el galimatías de voces no ocurre por incompetencia del presentador, sino por la filosofía de fondo que predomina en todos los debates, sean públicos o privados: no importa la verdad del tema en cuestión, lo importante son las opiniones personales que son elevadas de forma automática a la categoría de verdad, mi verdad.

Éste, sin embargo, no es el final del camino porque no estamos ante un asunto sólo de ideas, sino de conductas. Como decíamos al principio, el qué creo influye en el cómo vivo. La verdad tiene unas consecuencias éticas: es la guía para discernir entre lo recto y lo incorrecto, lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto. Si la verdad está dentro de mí, entonces no hay una moral objetiva, sino que cada uno se construye su propia guía de conducta. Esta «**ética a la carta**», a gusto del consumidor, es la consecuencia más dramática de la bancarrota de la verdad. Nadie tiene que enseñarme lo que está bien y lo que está mal porque esto lo sé sólo yo. Además, lo que es bueno para ti puede ser malo para mí o viceversa. Y así vivimos en una época en la que se repite como un calco la descripción del tiempo de los jueces cuando «**cada uno hacía lo que bien le parecía**» (Jue. 17:6). La confusión ética y una crisis de valores sin precedentes son la consecuencia natural de eliminar el valor absoluto de la verdad.

Esta corriente de subjetivismo y crisis de la verdad está afectando a **la Iglesia** de forma perceptible. La erosión de la autoridad de la Palabra de Dios como norma suprema de vida y de conducta es una de sus consecuencias más preocupantes. Para muchos creyentes **la Biblia ha dejado de ser normativa para ser sólo orientativa**. Según Charles Colson, conocido evangelista y pensador americano, en los años 1960 el 65 por cien de los norteamericanos creía que la Biblia era la verdad. Hoy esta cifra ha bajado al 32 por cien. Y lo que es más significativo, el 70 por cien afirma que no existe tal cosa como la verdad ni los valores morales absolutos. Posiblemente ahí está la raíz de la crisis de secularismo y superficialidad que predomina en muchas iglesias en Occidente, incluida España. Cuando la Verdad se convierte en algo relativo y no absoluto, la Iglesia acaba siendo mundana, es transformada por el mundo en vez de ser ella agente de transformación; la Biblia pasa a ser un libro orientativo, pero no normativo y la gracia de Cristo se convierte en una gracia barata que lo acepta todo y mira hacia otro lado ante aquellas conductas que antes se llamaban pecado y que ahora quedan excusadas por este manto de subjetivismo que lo envuelve todo.

Por esta razón los cristianos debemos recuperar y proclamar con vigor la Verdad de Dios revelada en la Biblia y encarnada en Cristo. Necesitamos coraje para ser heraldos de esta Verdad y coherencia para encarnarla en nuestra propia vida. Sólo así lograremos ser «sal y luz» en un mundo de corrupción y oscuridad. Aquel que dijo «Yo soy la luz del mundo» (Jn. 8:12) también afirmó de sí mismo: «Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn. 8:32).

La Verdad sigue viva en Cristo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida...» (Jn. 14:6)

Al mostrar la Verdad de Dios al mundo podemos compararla a un diamante que tiene varias caras, cada una de las cuales refleja aspectos preciosos, aunque parciales, del todo:

1. La Verdad es inseparable de la Palabra

Dios ha hablado a lo largo de la Historia «muchas veces y de muchas maneras» (Heb. 1:1) y nos ha revelado la Verdad en las Escrituras. Esta cara del diamante es la que podemos llamar **la verdad revelada**. Constituye el conjunto de proposiciones que somos llamados **a creer**. El apóstol Pablo la llama «el buen depósito» (2 Ti. 1:14) o la «sana doctrina» (2 Ti. 4:3; Tit. 1:9). Este cuerpo de doctrinas -creencias- se inicia con la revelación de Dios a los patriarcas, sigue con los profetas y culmina en el NT con la enseñanza de Jesús y los apóstoles. Si bien está expresada de manera perfectamente comprensible -hay un elemento lógico racional incontestable en la verdad revelada-, en

último término sólo se puede acceder a ella desde la fe. Son los ojos de la fe los que alumbran nuestro entendimiento (Ef. 1:18) y nos permiten aprehender toda la riqueza de la Verdad de Dios.

2. La Verdad es inseparable de la vida

La verdad de Dios es inseparable de la vida, tiene unas implicaciones morales inevitables para nuestra conducta. La verdad no es sólo algo a creer, sino a practicar. Implica demandas éticas, cambios, un estilo de vida. La segunda cara del diamante es **la verdad obedecida**. Somos llamados también a **vivir** la verdad, no sólo a creerla. De hecho, vivir la verdad es la mejor demostración de que la hemos creído. Hemos de creer lo correcto *-la sana doctrina-*, pero también hemos de vivir rectamente (Heb. 12:14; 1 P. 1:14-16). Creer la verdad de Dios nos da paz y seguridad para el futuro *-«Señor, ¿a quién iremos? Tú, tienes palabras de vida eterna»* (Jn. 6:68)- pero también debe transformar las vidas aquí y ahora (2 Co. 3:18; Fil. 1:6). *La obediencia a la verdad* no sólo *purifica nuestras almas*, sino que nos dispone para *el amor fraternal no fingido* y para *amarnos unos a otros entrañablemente* (1 P. 1:22).

La paradoja más extraordinaria es que esta obediencia a la verdad es **la fuente** por excelencia de **libertad**: «Conoceréis la Verdad y la verdad os hará libres... Así que si el Hijo os libertare seréis verdaderamente libres» (Jn. 8:32, 36) dijo Jesús de sí mismo. Una vida de auténtica libertad sólo se consigue en Cristo cuya verdad nos libera de toda esclavitud.

3. La Verdad es inseparable de la guía del Espíritu Santo

Hasta aquí hemos considerado los aspectos más directamente relacionados con nuestra responsabilidad, lo que nosotros ponemos de nuestra parte: buscamos entender y aprehender la verdad revelada de Dios y anhelamos obedecerla. Conseguir esto por nosotros mismos no sólo es difícil, es imposible; entender y vivir la Verdad de Dios requiere la capacitación divina. Como dijo alguien: «¡ser cristiano no es difícil, es imposible!». Es imposible si no tenemos los recursos sobrenaturales que vienen de Dios. La capacitación divina es imprescindible para estar a la altura de las demandas éticas de Cristo, entre ellas vivir en la verdad. La verdad es también algo a **discernir** y, en este sentido, nos referimos a la tercera faceta del diamante como **la verdad iluminada**. Por esta razón, Dios nos ha provisto de un recurso sobrenatural: la ayuda del Espíritu Santo quien es el que desde el principio «nos convence de pecado de justicia y de juicio» (Jn. 16:8) y nos sigue «guiando a toda la verdad» (Jn. 16:13) en nuestro caminar diario. Dependemos del Espíritu Santo para que nuestras creencias *-la verdad revelada-* no se queden en algo frío u oxidado por el tiempo, sino que sean regadas con la unción del Espíritu Santo que nos renueva cada día.

4. La Verdad es inseparable del amor

Uno de los mayores peligros del creyente es hablar o vivir la verdad sin amor. Ya el gran teólogo Agustín de Hipona decía: «No se puede acceder a la verdad sino es por el amor (*Non intratur ad veritatem nisi caritatem*)». Es una tentación tan sutil como frecuente el caer en la arrogancia o la dureza cuando uno está convencido de que tiene la Verdad (con mayúscula). Éste ha sido el error *-y el pecado-* de muchos llamados cristianos a lo largo de los siglos. La historia de la Iglesia está llena de páginas tristes en las que se intentó imponer la verdad del Evangelio por la fuerza. Ello puede ocurrir tanto a nivel colectivo (iglesia) como en nuestras relaciones personales. Como un pájaro necesita las

dos alas para volar, así también la verdad y el amor son inseparables. El amor sin la verdad puede ser una sensación agradable, pero sólo lleva al sentimentalismo y al sincretismo («todo el mundo es bueno», «todos los caminos llevan a Dios»); y la verdad sin amor es áspera y ruda, una conducta desprovista de la mansedumbre que siempre debe caracterizar la defensa de la verdad (1 P. 3:15). El apóstol Pablo dice con énfasis: «Siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo» (Ef. 4:15). Ello nos lleva al último y máspreciado aspecto de este tesoro: Cristo.

5. La Verdad es inseparable de la persona de Jesucristo

La Verdad es más que una doctrina o una vivencia espiritual-religiosa; es, ante todo, una persona: Cristo. Dios, después de darnos la verdad revelada, «...en estos postreros días, nos ha hablado por el Hijo» (Heb. 1:2). En Cristo culmina la revelación de la verdad hasta el punto que él pronunció las palabras más osadas que nadie haya dicho jamás: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn. 14:6). Cristo viene a ser **la verdad encarnada**: «Aquel Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad. Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo» (Jn. 1:14, 17). Siguiendo con el símil del diamante, Cristo es la parte más preciosa de la verdad divina porque él «es la imagen del Dios invisible» (Col. 1:15) y en él «habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad» (Col. 2:9).

El escritor ruso Dostoiewsky dijo con gran lucidez: «Si alguien me demostrara alguna vez que Cristo está fuera de la verdad... entonces yo preferiría quedarme con Cristo antes que con la verdad». La luz que irradia la Verdad no sólo alumbra nuestras tinieblas, sino que nos seduce y nos atrae para compartir toda nuestra vida con Él (Ap. 3:20). Como alguien ha dicho, «un cristiano es una persona que ha quedado prendada y prendida de Jesucristo». Ahí radica el rasgo más distintivo del cristianismo: no es tanto una religión, sino una relación. Por ello, en último término, **la verdad no es sólo algo a creer, algo a vivir y algo a discernir, sino sobre todo alguien a quien amar: el Cristo vivo, la Verdad encarnada.**

Dr. Pablo Martínez Vila

«Las Siete Palabras» en la cruz, el sermón supremo de Jesús

Uno de los pasajes bíblicos más leídos en la Semana Santa es, obviamente, el relato de la crucifixión. Recordamos los sufrimientos de Jesús -su pasión-, celebramos su victoria sobre el pecado -nuestra salvación-, y todo ello nos mueve a la adoración. Así cantamos, emocionados y llenos de gratitud, «*La cruz sangrienta al contemplar*», «*Cabeza ensangrentada*» y otro himnos de gran riqueza espiritual y teológica.

Durante las horas que estuvo clavado en la cruz, el Señor exclamó siete frases memorables que se han venido en llamar «**Las Siete Palabras**». Fueron sus últimas palabras. Con estas breves frases Jesús pronuncia el mensaje más profundo que se haya predicado jamás, una verdadera síntesis del Evangelio. Allí encontramos resumido lo más extraordinario del carácter de nuestro Señor y del plan divino para con el ser humano. El «*Sermón de las Siete Palabras*» ha inspirado innumerables predicaciones y escritos a lo largo de los siglos. J.S. Bach recoge en su emocionante *Pasión según San Mateo* el espíritu inigualable de este texto bíblico. También J. Haydn en el siglo XVIII compuso, por encargo, una obra muy apreciada sobre *Las Siete Palabras* en la que pone música a este memorable pasaje.

En esta reflexión al filo de la Semana Santa quiero compartir sólo un aspecto de «Las Siete Palabras» que, cuando lo descubrí, me impresionó y dejó en mí una huella indeleble. Se trata por supuesto de su contenido, pero en especial del orden en que Jesús pronuncia estas frases; a simple vista parece algo casual, pero un análisis detallado nos muestra cómo este orden es profundamente significativo porque refleja las prioridades del Señor y es un reflejo formidable de su carácter y de su corazón pastoral. Para mí, es en la cruz donde la belleza del carácter de Cristo alcanza su máximo esplendor. **En la hora de la mayor oscuridad, sus palabras brillan como oro refulgente.** Profundizar en estas «Siete Palabras» de Jesús me ha ayudado a amarle más a él y ha moldeado mi acercamiento hacia las personas, en especial las que sufren, a lo largo de mi vida.

El corazón pastoral de Jesús en la cruz

La sensibilidad de Jesús hacia su prójimo, su amor y preocupación por los que estaban a su lado, alcanzan en estas frases un clímax apoteósico. Lo más natural en las horas previas a una muerte por condena es que la persona se concentre en sí misma, en sus pensamientos y emociones, alejándose de su entorno en un proceso de ensimismamiento tan lógico como comprensible. Incluso cuando esta muerte es por enfermedad, todos entendemos que el centro no son los demás, los que le acompañan, sino aquel que está a punto de partir. En la cruz ocurre exactamente lo contrario: Jesús se olvida de sí mismo y de sus necesidades (que expresará más tarde) y se concentra en los que están con él, no importa que sean sus enemigos -los que le estaban torturando-, unos simples desconocidos -los malhechores- o un ser tan amado como su madre. Para todos tiene las palabras justas que necesitaban. A cada uno de ellos el Señor le habla conforme a su necesidad tal como se profetizó 400 años antes: «El Señor me dio lengua de sabios para saber hablar palabras...» (Is. 50:4).

Nunca nadie ha tenido una demostración tan grande de amor en la hora de la muerte, un corazón pastoral tan genuino. Pero **el Buen Pastor** (Jn. 10:7-21), el Príncipe de los Pastores (1 P. 5:4) **murió pastoreando**. Las palabras de Jesús en la cruz contienen como un tesoro comprimido la esencia del carácter divino y del Evangelio: su profundo

amor hacia todos sin excepción, su sensibilidad exquisita hacia los que sufren, su sabiduría para hablar a cada uno según su necesidad. En las tres primeras frases -«palabras»- Jesús muestra una preocupación intensa por los que estaban cerca de él, todos aquellos que en aquella hora de angustia y dolor supremo eran su prójimo. A cada uno de ellos le da la palabra que más necesitaba:

Palabras de perdón a sus enemigos

«Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (Lc. 23:34).

Jesús muere perdonando. Todo el acto salvífico en la cruz simbolizaba el perdón divino (Jn. 3:14-15). Pero era conveniente hacer explícito este perdón con palabras claras, audibles, contundentes, con una fuerza emocional arrolladora y una autoridad espiritual definitiva. Al exclamar «Padre, perdónalos...», Jesús verbaliza el sentido de su venida a este mundo. De hecho el nombre Jesús significa precisamente «él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt. 1:21). La petición de perdón no se refería solamente a los que de forma directa le estaban humillando -los soldados y autoridades religiosas-, sino a todo ser humano (como nos describe con detalle el impresionante cántico de Isaías 53).

En la cruz, Jesús nos enseña que el perdón puede ser unilateral, no requiere dos partes a diferencia de la reconciliación. Yo puedo -y debo- perdonar aunque mi ofensor no me haya pedido perdón. Esteban, bajo la furia de las piedras que lo estaban matando, fue el primero en imitar de forma modélica a su Maestro y Señor (Hch. 7:60). Nosotros somos llamados a hacer lo mismo.

Palabras de salvación a unos malhechores

«De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc. 23:43).

Jesús murió acompañado de dos desconocidos. Probablemente nunca antes estos dos malhechores habían cruzado palabras con el Señor. La historia es conocida: a las puertas de la muerte, uno de ellos tiene temor de Dios y le ruega a Jesús: «Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino» (Lc. 23:42). La respuesta es tan inmediata como clara. Jesús le da aquello que más necesitaba en aquel momento: esperanza, la esperanza que nace de la salvación en Cristo y que sería para él «un fortísimo consuelo» (Heb. 6:18) en las interminables horas de martirio que iban a seguir.

Por cierto, la actitud de Jesús, llena de misericordia, nos recuerda que es posible ser salvo *in extremis* si de veras se invoca al Señor de todo corazón, desde lo profundo del alma y con humildad, tal como hizo el ladrón en la cruz.

Palabras de protección a su madre

«Cuando Jesús vio a su madre... dijo al discípulo (Juan): He aquí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa» (Jn. 19:26-27).

Es bien significativo que las últimas palabras de preocupación y cuidado por un ser humano que Jesús pronuncia en esta tierra sean para su madre. Es la rúbrica final a una vida pensando siempre en los demás y en cómo servirles. Jesús no podía olvidar a su madre en esta hora de dolor lacerante para ella; el corazón de María estaba destrozado por la agonía de su hijo, desolada por un final tan trágico. Además, María casi con toda seguridad era viuda ahora, por lo que quedaba en una situación de desamparo. Pero el

Señor, el pastor por excelencia, no podía descuidar su deber de «honrar a padre y madre» (Mt. 19:19).

¡Cuán divino y cuán humano al mismo tiempo! La espiritualidad expresada en una profunda preocupación por lo humano. Este último acto amoroso de Jesús nos recuerda que **la verdadera espiritualidad nos hace siempre más humanos**. La primera evidencia de que amamos a Dios (nos recuerda el mismo Juan en su primera epístola) es amar al hermano que tenemos al lado Y el pastor debe empezar su pastoreo en su propia casa. Por ello Jesús encomienda el cuidado de su madre a su amigo y discípulo amado, el sensible y tierno Juan, aquel que «estaba recostado al lado de Jesús» (Jn. 13:23). Juan cumplió de forma inmediata la petición y «desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa» (Jn. 19:27).

Las necesidades propias, al final. «Después de esto, Jesús dijo...»:

«Tengo sed» (Jn. 19:28)

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mt. 27:46)

¡Cuán significativa la expresión con que Juan prosigue el relato: «Después de esto....» (Jn. 19:28). Hasta aquí hemos visto cómo aún en la hora misma de la agonía, Jesús se dio y sirvió, pensó antes en los demás que en sí mismo, buscó colmar las necesidades de su prójimo, tanto espirituales (la salvación y el perdón) como humanas y terrenales (la protección de su madre viuda). Sólo «después de esto», es decir, tras esta genuina manifestación de su corazón pastoral Jesús expresa sus propias necesidades:

- **físicas:** «tengo sed».
- **emocionales y espirituales:** «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?». La soledad y el sentimiento de lejanía del Padre marcan el máximo dolor de Jesús. No hay mayor infierno que la separación de Dios. Jesús sabía que este momento era inevitable (profetizado ya en el Salmo 22) porque el Padre no podía tener contacto con el pecado que el Hijo estaba llevando en aquel acto vicario.

El más grande sermón que se haya predicado nunca termina con una frase llena de serenidad, de confianza y de esperanza:

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc. 23:46)

Todo hijo de Dios puede tener esta misma actitud en la hora de la muerte, la certeza de que nuestro espíritu pasa a las manos del Padre amante que nos recibirá con gozo en su gloria. Ello es posible porque Jesucristo en la cruz pudo concluir su sermón con la séptima y última palabra, la que lo sellaba todo: **«Consumado es»** (Jn. 19:30).

Los que amamos a este precioso Jesús, modelo supremo de corazón pastoral, nos unimos al gran coro de los redimidos en el cielo y exclamamos: **«¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina»** (Ap. 19:6). Este es el verdadero gozo de la Semana Santa.

Dr. Pablo Martínez Vila

Como superar problemas en la práctica de la oración

«Mi problema es empezar a orar»

«No tengo nunca ganas de orar, no me apetece». «Yo quisiera orar, pero no puedo». «Siento una pereza intensa, es un sentimiento de reticencia, casi como de rebeldía. Cuando pienso que he de orar se me hace una montaña y lo voy posponiendo. Encuentro tiempo para todo, para leer el periódico, para ver la televisión, para trabajar, incluso para leer la Biblia o para hacer estudios bíblicos, pero orar se me hace cuesta arriba».

En un sentido amplio este problema es común a todo creyente. Hay un componente de **lucha** por la tensión entre nuestra naturaleza **espiritual** y el viejo hombre. La oración es uno de los principales campos de batalla en el que se desarrolla la lucha de Romanos 7:19: «El bien que quiero no lo alcanzo, y el mal que no quiero, esto hago». El diablo sabe que la oración es una de las estrategias clave del creyente, su hálito vital. No deben sorprendernos sus esfuerzos ímprobos por boicotear esta actividad. C.S. Lewis, en su libro *Cartas a un diablo novato*, ha descrito magistralmente este interés del maligno por desbaratar la vida de oración del cristiano: «Lo mejor, siempre que sea posible, es alejar por completo al paciente (el creyente) de toda intención seria de orar... persuadirle a una oración enteramente espontánea, interior, informal y sin regularidad»¹. Ello explica que muchos de nosotros sintamos, con frecuencia, como una fuerza misteriosa que nos arrastra a no orar. Recordemos las realidades de Efesios 6:12: nuestra lucha tiene que ver con poderes invisibles. Hay, por tanto, en último término, una razón espiritual detrás de la dificultad para empezar a orar: el pecado, nuestra naturaleza caída. La liberación definitiva y total de estas ataduras sólo ocurrirá cuando, disfrutando de un cuerpo transfigurado, no quede ningún vestigio del estado pasado, el pecado.

Hay también **causas psicológicas** que nos ayudan a entender este problema. Ciertos tipos de **temperamento**, por ejemplo los extravertidos, tienen una dificultad especial para ponerse a orar porque para ellos la oración supone un cambio total de atmósfera. Han de conseguir un ambiente que no les es natural: el recogimiento interior, una relación íntima, el expresar sentimientos. Todo ello hace que estas personas necesiten estímulos externos adecuados para la oración formal.

Asimismo la **personalidad** influye a la hora de ponerse a orar. Vemos esta dificultad más acentuada en dos situaciones:

- ◆ **Personalidades perfeccionistas.** El perfeccionista tiene una tendencia natural a posponer las cosas. Quiere hacerlo todo tan bien que le cuesta empezar. Sólo cuando ya no hay más remedio encuentra la tensión psíquica necesaria para iniciar su tarea. Espiritualmente su nivel de auto exigencia es tan alto que, para él, nunca es el momento adecuado para orar. Así lo va retrasando hasta conseguir el marco idóneo para una oración excelente, lo cual obviamente casi nunca llega. Sin embargo, cuando logra estos momentos especiales puede orar largamente e incluso le cuesta terminar!
- ◆ **Personalidades depresivas.** Estas personas tienen notables dificultades con cualquier comienzo. Al depresivo le cuesta empezar todo. Desde que se despierta hasta que se acuesta, su vida es un batallar continuo contra los inicios. Son como los coches de motor frío; su problema es arrancar.

¹ C.S. Lewis, *Cartas a un diablo novato*, Casa Unida de Publicaciones, 1953, p.25.

A veces la dificultad para iniciar la oración tiene **raíces muy profundas**. Además de la tendencia a posponer ya descrita, el creyente siente algo más intenso, casi como una rebeldía inexplicable. Es una resistencia para la que no encuentra causa lógica. La persona, por lo demás viva espiritualmente, quiere orar, tiene el deseo. La palabra «profunda» nos ayuda a entender este fenómeno que está arraigado en su biografía. Se trata de **una reacción contra el deber**, contra cualquier tarea que él sienta como una obligación. Un repaso cuidadoso de su infancia suele mostrar una educación rígida, severa, con obligaciones constantes y niveles de expectativa muy altos por parte de los padres. Luego, en la edad adulta, se produce el efecto contrario. Necesita sentirse libre, sin obligaciones, el extremo opuesto de lo que había vivido de niño. Es lo que Paul Tournier llama «la venganza de la naturaleza». Hay una verdadera alergia a cualquier tipo de obligación. Sólo pensar que «he de..., tengo que hacer algo», ya le produce una reacción negativa. Una forma de aliviar este problema es ayudarlo a descubrir la oración como un placer y no tanto como un deber.

En ocasiones la situación se complica todavía más cuando ha habido **problemas psicológicos en la relación con el padre**. La rebeldía, consciente o inconsciente, contra el padre puede dificultar seriamente la fe en general y la vida de oración en particular. Esto es así porque no podemos desligar del todo los conceptos de Padre celestial y padre terrenal. En la medida en que estos creyentes maduran en su conocimiento de Dios, tales problemas se van aliviando, pero al principio de su vida cristiana pueden encontrar muchos paralelos entre la figura de su padre y la de Dios. Si la rebeldía o la frustración caracterizaron la relación con nuestros padres, será fácil desplazar parte de estos sentimientos hacia Dios. De ahí la necesidad de conocer bien el carácter de Dios mediante el estudio de la Biblia porque nos da una base objetiva y nos evita hacernos un concepto de Dios a nuestra imagen y semejanza. En especial, recomendamos el estudio de la figura de Jesús, quien es la «imagen del Dios invisible», como la mejor manera de evitar proyecciones psicológicas, es decir de mezclar nuestros sentimientos y reacciones hacia nuestros padres y hacia Dios.

Será necesario, por tanto, aclarar conceptos en colaboración con un consejero competente. El resentimiento contra los padres puede bloquear nuestra relación con Dios; por ello debemos eliminar todo vestigio de rencor u odio. Es aquí donde **el Evangelio tiene un extraordinario valor terapéutico porque es un mensaje de perdón**. Y el perdón es el bálsamo que puede cicatrizar las heridas más profundas. No puedes ser cristiano y seguir odiando a tus padres. Si has sido perdonado por Cristo, debes perdonar tú también, tal como nos enseña la oración modelo, el Padrenuestro. El perdón, la paz y la reconciliación no son sólo lecciones teóricas de la doctrina cristiana, sino ingredientes imprescindibles en nuestra conducta como discípulos.

Incidentalmente podemos decir que ahí radica una explicación, por lo menos en parte, de algunos casos de ateísmo. Cuanto más visceral y furibundo sea el ateísmo, tantas más posibilidades de que tenga raíces psicológicas, entroncadas en la biografía de la persona. Desde luego, estos condicionantes emocionales no le eximen de responsabilidad en su rechazo de Dios, pero a nosotros nos ayudan a entender su problemática y, por consiguiente, a encontrar puertas de entrada para una evangelización eficaz y personal.

¿Qué recomendaciones prácticas podemos dar para empezar a orar?

En primer lugar, **nunca esperes a tener ganas o a encontrar el momento perfecto**. De lo contrario, te pasarás semanas o meses sin una sola palabra de oración. La calidad de la oración no depende tanto de nosotros como de los méritos de Cristo. Con esta idea

en mente, al planear tu tiempo de oración no te pongas metas altas: empieza por lo poco y lo sencillo. Es mejor orar cinco minutos cada día que una hora cada tres meses. Cuanto más altas sean las metas que te pongas, tantas más posibilidades de fracasar. Para el Señor es más importante «ser fiel en lo poco» (Mt. 25:21) que teorizar sobre grandes proyectos.

En segundo lugar, **busca estímulos adecuados** que te faciliten el comienzo de la oración. Veamos algunos ejemplos: a la persona depresiva le va a ser muy útil orar acompañado. La soledad es un enemigo de su carácter: «si alguien está conmigo no me cuesta; en la iglesia, en campamentos, puedo orar con mucha más facilidad». Desde luego, ello no siempre será posible, pero con frecuencia la compañía de un hermano puede ser de gran ayuda para ponerse a orar.

En otras ocasiones el escuchar música cristiana (himnos, coros, canciones, etc.) va a ser un gran estímulo. Muchos creyentes encuentran en la música un motivo de inspiración notable para su vida devocional. De hecho, el cantar es ya una forma de oración. No olvidemos que este era precisamente el propósito original de muchos salmos: oraciones para ser cantadas por el pueblo judío.

A veces podemos recurrir a las oraciones de otras personas, oraciones escritas por grandes siervos de Dios. El diario devocional de hombres como Lutero, Wesley, Bunyan, Tozer, y otros contiene oraciones que podemos hacer nuestras y de las que obtenemos la inspiración necesaria para entrar en la presencia de Dios. Obviamente, no debemos olvidar la más importante de las ayudas: la meditación en la Palabra de Dios.

Otra sugerencia: intenta escribir tus oraciones. Un ejercicio práctico que recomiendo porque a mí mismo me ha hecho mucho bien es el siguiente: anota dos cosas buenas que te hayan ocurrido durante el día; puede ser una conversación, una noticia, un encuentro con alguien, alguna experiencia agradable, cualquier aspecto que tú hayas vivido como una bendición y que te ha hecho bien. Luego, haz lo mismo con dos motivos de preocupación o ansiedad: un problema, una carga, un disgusto etc. Ahora estás en condiciones de ponerte a orar brevemente. Primero, dale gracias a Dios y gózate por las dos bendiciones del día. Después, preséntale tus preocupaciones, descargando sobre él la ansiedad que te causan: «echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros» (1 P. 5:7). Este ejercicio puede durar desde cinco minutos hasta todo el tiempo que tú quieras, es muy flexible. Lo importante es tener una base sobre la cual dirigirse a Dios porque ello te estimula a iniciar la oración. Si lo haces con regularidad, descubrirás que en un año has alabado al Señor por cientos de bendiciones y habrás desarrollado el hábito vital de descansar en el Todopoderoso en multitud de problemas.

Lutero se preguntaba: «¿Qué es la fe sino pura oración?»². De ahí la importancia de cultivar este hábito vital del creyente. Ponerse a orar es el paso más difícil de todos. La batalla aquí librada será decisiva para muchas victorias o derrotas posteriores.

Dr. Pablo Martínez Vila

² Citado por José M. Martínez, *Abba Padre*, Editorial CLIE / Publicaciones Andamio, 1990, p.15

Dios en el sufrimiento humano

*«Si vuelves atentamente la vista atrás,
comprenderás cosas que entonces no entendiste,
a la manera que, tras mirar largamente al cielo,
se descubren una por una multitud de estrellas
donde antes sólo se veía la oscuridad»*

Albert Schweitzer³

*Nota introductoria: Este artículo viene a ser la continuación del Tema del mes de diciembre del año pasado: **El sentido de la Navidad: Dios ha bajado a sufrir con nosotros**. Puede parecerle sorprendente al lector que ahondemos en la temática del sufrimiento en estas fechas justo cuando la gente busca lo contrario: distraerse y olvidar sus penas por unos días. Nos mueve a ello una doble razón: Por un lado, para muchas personas la Navidad es un tiempo triste, un tiempo de dolor vivido en silencio. La otra razón es aún más vital: es tiempo de consuelo, una oportunidad de encontrar el sentido de la vida en medio de tanto sinsentido porque el mensaje de la Navidad es, en esencia éste: Dios se hace hombre para bajar a sufrir con nosotros.*

La acción de Dios en el sufrimiento contiene a la vez misterio y consuelo. De hecho, contiene mucho más consuelo que misterio. En los primeros momentos, cuando el golpe del dolor es reciente, predomina el misterio. La pregunta más frecuente -y la más comprensible- es «¿por qué?» y, sobre todo, «¿por qué a mí?, ¿qué he hecho yo para merecer esto?». Pero a medida que nos adentramos en la dura travesía del sufrimiento, vamos percibiendo poco a poco más consuelo que misterio. Siguiendo el símil de Albert Schweitzer, es como una ventana que se abre a un paisaje de noche: yo puedo fijarme en la oscuridad o en las estrellas, en el zarpazo desgarrador de la prueba o en el bálsamo del consuelo divino. El propósito de este artículo es ayudar al lector a fijarse mucho más en las «estrellas» que en la oscuridad de la noche y descubrir la presencia de Dios en medio de las tormentas de la vida.

La oración modelo en la prueba: «Que tu fe no falte»

Muchas son las preguntas de la persona que sufre, pero hay una de capital importancia: **¿dónde está Dios ahora?** De su respuesta va a depender que salgamos del horno de fuego fortalecidos o destruidos. Nuestra fe puede ser «purificada» por la prueba (1 P. 1:7), pero también «chamuscada» (Mt. 13:21). Especial relevancia tienen en este sentido las palabras del Señor Jesús a Pedro poco antes de Getsemaní, avisándole de horas difíciles: «Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero **yo he rogado por ti que tu fe no falte**» (Lc. 22:31-32). ¡Formidable oración! Ante la inminencia del sufrimiento, el Señor podía haber pedido muchas cosas para sus apóstoles, por ejemplo, que el Padre les evitara la prueba, que proveyera una salida adecuada, o que fuera lo más breve posible; todo ello entraría dentro de las peticiones legítimas de un creyente abrumado por el dolor. Tampoco Jesús se entretiene en darle explicaciones sobre las aflicciones que se avecinaban: el cómo, el por qué, cuánto tiempo, etc. Se limita a una frase tan breve como elocuente; su ruego encarecido es «que tu fe no falte». Estamos aquí ante una auténtica oración modelo en la prueba. Ésta es la súplica que todo creyente puede y debe hacer. Tenemos, además, el inmenso privilegio de saber que el mismo Señor que rogó por Pedro sigue intercediendo por nosotros desde la diestra del Padre (Ro. 8:34; Heb. 7:25). La oración de Jesús por Pedro sigue vigente hoy para todos los que son zarandeados por Satanás.

³ Sermón de Año Nuevo, 1920

¿Por qué el Señor ora así? Jesús quería enseñarle a Pedro una «lección» esencial: **en la hora del sufrimiento lo más importante no es entender enigmas, sino encontrar a Dios**; la pregunta clave no es «¿por qué Dios...?», sino «¿dónde está Dios ahora?». Cuando la tormenta arrecia, la fe es el bien supremo a preservar y a cultivar. Ello es así por muchas razones: en la prueba la fe es la columna que nos sostiene, es el alimento que nos fortalece, es la luz que alumbra nuestra oscuridad, es el vínculo inquebrantable que nos mantiene unidos a Cristo (Ro. 8:38-39). Pero hay una razón que viene primero: la fe es el mayor tesoro que puede tener el creyente, es el bien máspreciado a guardar. En palabras del mismo Pedro (¡lo había aprendido bien!) la fe es «mucho más preciosa que el oro». Por ello, cuando atravesamos «el valle de sombra» lo primordial es cuidar tu fe, «*que tu fe no falte*».

Teresa de Avila, la gran autora mística española, lo describe con este sentido verso:

*«Si a Dios tienes, ¿qué te falta?
Y si Dios te falta, ¿qué tienes?»*

Nosotros no podemos evitar la prueba, pero sí que la prueba nos destruya. ¿En qué sentido? Está en nuestras manos impedir que dañe nuestra fe, que nos aleje de Dios, que haga menguar nuestra confianza en el Todopoderoso. Para ello contamos con la promesa firme de que Dios camina a nuestro lado: «Cuando pases por las aguas... no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás ni la llama arderá en ti... **No temas porque yo estoy contigo**» (Is. 43:2,5). La promesa no es que saldrás «seco, sin mojarte», sino que no te ahogará porque Él está contigo. Dios no promete librarnos siempre de la prueba (muchas veces lo hace, aún sin nosotros saberlo), pero sí de sus efectos destructivos. En consecuencia, nuestra mayor preocupación debe ser que el fuego no nos destruya, pasar por las aguas sin ahogarnos, es decir que nuestra fe no falte. Como el Señor mismo advirtió «no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar» (Mt. 10:28). Si en la prueba «tu fe no falta», estarás preservando tu mayor patrimonio personal, la herencia que perdura para siempre (Sal. 23:4).

La luz sólo se encuentra en la luz: la fe, lámpara en el sufrimiento

Hay una segunda razón por la que la fe es tan vital en la hora de la prueba: ilumina la mente y abre el corazón. Es la lámpara que nos guía en la noche oscura de la tormenta. Nos ayuda a responder a otra pregunta esencial: «¿cómo puedo entender lo que me pasa?». El sufrimiento es un camino lleno de recodos de sombra y de penumbra, pero también con rayos de nítida luz que nos ayudan a ver más allá de la realidad aparente que es el dolor del momento. El sufrimiento es como una pintura surrealista: deja siempre ventanas abiertas al misterio, ventanas por donde entra la fe. Ahora bien, estos recodos de sombra sólo desaparecen en la presencia de Dios cuando su luz disipa toda penumbra. Es imposible encontrar luz en la oscuridad. Las repuestas al enigma del sufrimiento, aunque sean parciales, no las hallaremos en la introspección ni en la filosofía, sino en Aquel que dijo de sí mismo: «Yo soy la luz del mundo» (Jn. 8:12). Ahí se hace plena realidad la frase del salmista: «En tu luz veremos la luz» (Sal. 36:9). Ello acontecerá de forma absoluta, perfecta, cuando estemos en su presencia, como describe Isaías de forma muy bella: «No se pondrá jamás tu sol, ni menguará tu luna; porque Jehová te será por luz perpetua, y los días de tu luto serán acabados» (Is. 60:20). Pero aún ahora, de manera incompleta, penetran rayos de luz que nos ayudan a comprender aspectos vitales en la hora de la prueba.

Por tanto, la fe, por sencilla que sea, es un requisito imprescindible para empezar a comprender los misterios del sufrimiento. No nos referimos a una «fe tapa-agujeros», una fe opuesta a la razón; nos referimos más bien a la fe de Pascal quien afirmó: «El corazón tiene razones que la razón no comprende».

Dios sufre con nosotros: las lágrimas de Dios en la tierra

La fe, en tercer lugar, me permite descubrir que Dios está a mi lado y sufre conmigo. «¿Dónde está Dios ahora?». Decíamos al principio que esta pregunta es la clave para salir fortalecidos de la prueba y no destruidos. Dios nos puede parecer lejano y mudo, pero su lejanía y su silencio son sólo aparentes. *Dios está ahí*, ahí mismo, porque Él llora con nosotros. Hay suficiente evidencia en la Biblia para afirmar que Dios no sólo sufrió en Cristo, sino que sigue sufriendo con su pueblo hoy. En mi sufrimiento, Dios no es impasible como una piedra, sino sensible como un sismógrafo. El más leve suspiro, el más tenue gemido queda registrado en su corazón. Ninguna lágrima que corra por mi mejilla le pasa inadvertida al Dios que ha dicho: «En toda angustia de ellos él fue angustiado» (Is. 63:9). Y a través del profeta Oseas nos consuela con estas emotivas palabras: «¿Cómo podré abandonarte...? Mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión» (Os. 11:8). Es difícil encontrar una expresión más intensa de simpatía, comprensión e identificación.

Dios conoce mi sufrimiento no sólo en el sentido de saber, estar informado, sino en el sentido vivencial: lo vive conmigo: «Bien he visto la aflicción de mi pueblo... y he oído su clamor a causa de sus exatores; **pues he conocido sus angustias...**» (Éx. 3:15). La palabra conocer en hebreo implica un conocimiento experimental. La idea de que Dios no sufre -la doctrina de la impasibilidad- no tiene base bíblica. La esencia misma del carácter de Dios -que es amor- descarta esta noción. Es algo lógico: si Dios fuera incapaz de sufrir, sería también incapaz de amar. El que no llora no ama; el que ama, llora.

Como alguien ha dicho, «un Dios impasible sería un iceberg infinito de metafísica». La idea del Dios sufriente es exclusiva del cristianismo, no se encuentra en ninguna otra religión. Buda, por ejemplo, se nos aparece como alguien con una mirada fría, hierática; cruzado de brazos, transmite una inmensa sensación de lejanía y de impasibilidad. ¡Qué contraste con el Cristo de la cruz, «el varón de dolores, experimentado en quebranto... herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados» (Is. 53:3,5)!

Llegar a descubrir el propio dolor de Dios en mi dolor es un paso decisivo para que «tu fe no falte». Si el sufrimiento en el mundo hace la fe en Dios difícil, el sufrimiento de Dios conmigo convierte la fe en algo revolucionario. Pero esto no es algo que se pueda entender sólo con la cabeza, una mera idea; es una experiencia personal e intransferible que transforma el corazón y a la que sólo se puede acceder desde la fe. La respuesta última al enigma del sufrimiento no se encuentra en el debate intelectual, sino en el encuentro personal con el Cristo sufriente de la cruz.

Dios ha actuado: la cruz de Cristo, respuesta última al enigma del mal

«¿Qué hace Dios por remediar tanto sufrimiento?» La respuesta a esta última pregunta nos abre la puerta de par en par para ver la luz del Evangelio antes apuntada. En el drama del sufrimiento humano Dios no se limita a una empatía intensa, sino que ha dado pasos muy concretos. No se comporta sólo como un espectador sensible, sino como un actor comprometido. Volvamos al texto de Éxodo: «Bien he visto la aflicción de mi

pueblo... y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues he conocido sus angustia y **he descendido** para librarlos». Dios ha bajado a la tierra encarnado en Cristo.

Aquí es donde encontramos la respuesta última al dilema del sufrimiento: en la cruz de Cristo. Personalmente hago mías las palabras de John Stott al respecto: «Yo personalmente nunca podría creer en Dios, si no fuera por la cruz. El único Dios en el que creo es Aquel que Nietzsche ridiculizó como *El Dios de la cruz*»⁴. La identificación de Dios con la tragedia del ser humano queda perfectamente plasmada en el nombre Emmanuel, *Dios con nosotros*. El Cristo que hoy sufre conmigo es el mismo que un día sufrió la muerte más ignominiosa. Los sufrimientos de Cristo, aparte de su valor expiatorio de nuestros pecados, le confieren una autoridad moral incuestionable para ayudarnos. Nadie puede acusar a Dios de no saber lo que es sufrir. En la cruz Cristo experimentó el sufrimiento humano en su máxima expresión, tanto física como moral. Nadie ha sufrido más que él. Si alguien duda de la bondad o el amor de Dios, acérquese al drama de la cruz. Tenía mucha razón Dietrich Bonhoeffer, víctima del espantoso aguijón de los campos de concentración, al escribir poco antes de su ejecución: «Sólo el Dios sufriente puede ayudar».⁵

Esta confianza es la que me lleva a decir: «Señor, yo no sé ni entiendo por qué; pero tú sí lo sabes, tú lo sabes todo, y esto es lo que de verdad me importa». Don Carson en su libro *«Hasta cuando, Señor»* repite varias veces esta pregunta: «Cuando sufrimos, algunas veces habrá misterio. ¿Habrá también fe?» Y al final da la respuesta: «Sí, habrá fe si nuestra atención se centra más en la cruz que en el sufrimiento mismo».⁶

Dr. Pablo Martínez Vila

4 John Stott, *The Cross of Christ*, Intervarsity Press, Leicester, p.335

5 Dietrich Bonhoeffer, *Letters and Papers*, p. 361

6 Don Carson, *How long, oh Lord: reflections on suffering and evil*, Intervarsity Press, Leicester, 1990, p. 178, 179, 194-195.

Libros del Pastor José M. Martínez

- Contemplando la gloria de Cristo**, Editorial CLIE y Andamio, 2004, ISBN: 84-8267-361-0
- Cristo el incomparable**, Pensamiento Cristiano Publicaciones, 2008, ISBN: 978-84-935870-0-0
- El libro de Génesis**, Ed. Portavoz, 1998, ISBN: 0-8254-1738-4
- Escogidos en Cristo**, Editorial CLIE, 2006, ISBN: 84-8267-473-0
- Figuras Estelares de la Biblia**, Editorial CLIE y Andamio, 2007, ISBN: 84-7228-923-0
- Fundamentos Teológicos de la Fe Cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 2002, ISBN: 84-8267-244-4
- Grandes Cánticos de la Biblia**, Pensamiento Cristiano Publicaciones, 2008, ISBN: 978-84-935870-6-2
- Hermenéutica bíblica**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7228-833-1
- Introducción a la espiritualidad cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 1997, ISBN: 84-7645-984-X
- Job, la fe en conflicto**, Editorial CLIE, 1975, ISBN: 84-7228-211-2
- La Biblia dice...**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7645-054-0
- La España evangélica, ayer y hoy**, Editorial CLIE y Andamio, 1994, ISBN: 84-7645-771-5
- Ministros de Jesucristo I - Ministerio y homilética**, Editorial CLIE, 1977, ISBN: 84-7228-329-1
- Ministros de Jesucristo II - Pastoral**, Editorial CLIE, 1977, ISBN: 84-7228-330-5
- Por qué aún soy cristiano**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7645-178-4
- Salmos**, Editorial CLIE y Unión Bíblica, 1990, ISBN: 84-7645-410-4
- Salmos Escogidos**, Editorial CLIE, 1992, ISBN: 84-7645-538-0
- Teología de la oración**, Editorial CLIE y Andamio, 2000, ISBN: 84-8267-135-9
- Tu vida cristiana**, Pensamiento Cristiano Publicaciones, 2008, ISBN: 978-84-935870-3-1

Libros del Dr. Pablo Martínez Vila

- El Aguijón en la Carne**, Publicaciones Andamio, 2008, ISBN: 978-84-96551-71-8
- Más allá del dolor**, Publicaciones Andamio, 2006, ISBN: 84-9655101-5
- Teología de la oración**, Editorial CLIE y Andamio, 2003, ISBN: 84-8267-133-2

Folletos del Pastor José M. Martínez

- Creer o no creer, ésa es la cuestión**, disponible a través del website Pensamiento Cristiano
- ¡Tanto sufrimiento! ¿Por qué?**, disponible a través del website Pensamiento Cristiano
- La Biblia, mucho más que un libro**, Unión Bíblica de España